

»Los usipetes y los ténteros estuvieron también expuestos á las invasiones de los suevos, y después de haberles resistido mucho tiempo, expulsados al fin de sus dominios, anduvieron errantes por espacio de tres años á través de muchos cantones de la Germania y llegaron cerca del Rin á países habitados por los menapios, que poseían á una y otra orilla del río, campos, casas y villajos. Espantados á la aproximación de tal multitud, abandonaron los menapios la orilla derecha y se fortificaron en la izquierda, para oponerse al paso de los germanos. Estos procuraron atravesar el río á viva fuerza, y después cautelosamente; y no habiéndolo conseguido ni de una ni de otra manera, simulaban retirarse á su país para volver por los mismos pasos al cabo de tres días: entonces atacaron de improviso á los menapios, de cuyos barcos se apoderaron, sirviéndose de ellos para pasar el río.»

A la nueva de esta invasión que recordaba la de los helvecios, repasó Cesar precipitadamente los Alpes, á pesar de las nieves, y convocó ante sí á los principales personajes de la Galia, en inteligencia con el enemigo muchos de ellos: los halagó y les pidió caballería que ellos no le negaron, y luego marchó hacia el Rin con todas sus fuerzas. Los germanos le enviaron diputados, que renovaron la petición de los teutones á Mario: «Danos tierras y nosotros te daremos nuestra amistad.» Cesar, que desde el primer día se había presentado como el protector de la Galia contra las invasiones germánicas, no podía aceptar semejantes condiciones. Concedióles una tregua de tres días; pero ya el siguiente la rompieron ellos mismos sorprendiendo á la caballería gala, que perdió setenta y cuatro hombres. En esta sorpresa pereció un aquitano, cuyo abuelo había sido jefe de su pueblo y á quien el senado había concedido el título de amigo del pueblo romano: habiendo querido defender al jinete un hermano suyo, cayó sobre su cadáver, tras pasado también por el hierro de los germanos.

César hizo avanzar sus tropas en orden de batalla, é intimidados los bárbaros, le enviaron sus jefes y ancianos para justificarse de la agresión de la vispera. Creyéndose autorizado por esta traición el procónsul para no respetar en ellos el carácter de embajadores, los retuvo presos y luego atacó. Rechazada la horda hacia la lengua de tierra que envuelven en su confluencia el Rin y el Mosa, pereció casi toda. Según la cuenta de César, que como Sila, suele exagerar el número de sus enemigos y disminuir el de sus pérdidas, eran los germanos, entre hombres, mujeres y niños, cuatrocientos treinta mil. Catón quería que se entregara á los germanos el general perjuro; el senado votó nuevas acciones de gracias á los dioses.

Los jefes y ancianos detenidos antes de la batalla fueron puestos en libertad, después de ella. Pero ¿adónde ir? Su pueblo no existía ya, y los galos sólo tendrían desprecio para los vencidos: como un favor pidieron que se les permitiera permanecer en el campamento romano. ¡Cuántos asesinatos! ¡Cuántas miserias para hacer un victorioso!

Sin embargo César se espantó de los imprevistos socorros que llegaban á los galos de los países vecinos. Ya el año anterior habían recibido de Bretaña los armóricanos soldados y navíos, y esta vez la invasión de los usipetes había despertado las esperanzas de todos los pueblos recién vencidos. Para no ser turbado en su conquista, necesitaba, á su vez, aislar la Galia de la Bretaña y de la Germania, romper las relaciones de la isla con el continente y llevar á la orilla derecha del Rin el terror del nombre romano.

En diez días, con aquella prodigiosa actividad, á que sólo ha llegado otro general, Bonaparte, construyó un puente de

estacas sobre el Rin; después pasó el río y espantó á las tribus vecinas sin dar combates de grande empeño. Sólo á la noticia de su empresa, huyeron los suevos á esconderse en sus bosques. Después de diez y ocho días, pasados en Germania, como se adelantaba la estación y quería él ir aquel mismo año á Bretaña, condujo sus legiones detrás del Rin, rompió el puente y penetró en el país de los morinos, por encima del estrecho (Boulonais).

Esta expedición no había añadido un palmo de tierra al territorio de la república, pero César la había hecho, menos por Roma que por la Galia. Su objeto estaba cumplido, pues había conducido á sus aliados galos á forrajear á su vez al país de los suevos. Y luego, aun á orillas del Tíber, ¡qué de aclamaciones á la nueva de que el río misterioso y terrible había llevado un puente romano y visto pasar por encima de sus indómitas aguas los estandartes de la república!

César se proponía dar á los romanos otro asunto de admiración y orgullo con una campaña hecha «en los últimos confines del mundo.»

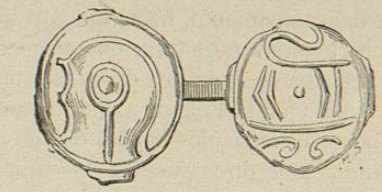
Poblada de las mismas naciones que la Galia, la Bretaña mantenía con ella frecuentes relaciones. Allí estaba el santuario de los druidas, la isla de Mona, adonde piadosas peregrinaciones llevaban del continente á todos los que querían llegar á los últimos grados del saber y de la iniciación religiosa.

Buenas relaciones con estos pueblos hubieran sido una prenda de seguridad para la dominación romana en Galia, y por eso César venía buscando de algún tiempo atrás el medio de abrir negociaciones con los bretones, que al fin se prestaron á ellas y le enviaron proposiciones de paz. Pero como el rey de los atrébatas, encargado por él de ir á la isla á establecer las condiciones, había sido aherrojado por ellos, importaba mucho á César vengar este agravio, que hubiera debilitado su autoridad y prestigio entre los pueblos galos, á dejarlo impune, y estaba resuelta la nueva campaña (2). Con esta idea, envió á Voluseno, uno de sus oficiales, á hacer en una galera el croquis de la costa bretona opuesta al litoral de la Morinia. Este oficial no se atrevió ó no pudo saltar en tierra y volvió al cabo de cinco días. Con los datos que suministró, partió César la noche del 24 al 25 de agosto con dos legiones embarcadas en ochenta navíos de transporte y algunas galeras que había reunido en Wissant ó en el Liana. Tenían muy pocos bagajes; el procónsul mismo no llevaba más que tres sirvientes.

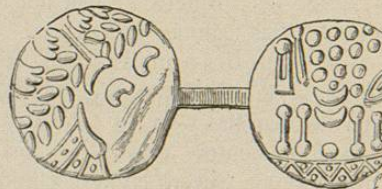
La mañana siguiente estaba á vista de la costa brava de

(1) En las dos monedas los mismos emblemas: á la derecha, supuesta cabeza; en el reverso, supuesto caballo.

(2) La Bretaña no era tan bárbara como César supone: las tribus del Sur de origen belga, al parecer, estaban bastante civilizadas para tener grandes vías de comunicación y para acuñar moneda 150 años antes de J. C. (Evans, *the Coins of the ancient Britons*, p. 31). Entre Bretaña y Galia había un activo comercio, atestiguado por el mismo César.



Moneda de los bretones, de estaño (1)



Moneda de los bretones, de plata

Douvres, cuya cresta coronaban los bretones, avisados por sus amigos galos. El desembarco era imposible por aquel punto dominado por las alturas que el enemigo ocupaba; esperó al ancla la vuelta de la marea y con ella remontó hacia el Norte, para buscar al extremo de la costa brava, la playa llana y suave de Deal. Los bretones que seguían desde la costa todos los movimientos de la flota, habían acudido ya allí, y con esto, á pesar de la protección de las máquinas que desde los navíos lanzaban una lluvia de flechas, el desembarco fué difícil. El porta-estandarte de la décima legión se arrojó al mar para arrastrar á sus camaradas, y hubo un combate en medio de las olas. Cuando los legionarios pisaron tierra firme, una impetuosa carga dispersó á los bárbaros.

César refiere que uno de sus soldados, Cesio Esceva, y otros cuatro legionarios, hubieron de alcanzar en una barca una roca á flor de agua, desde donde hostilizaban al enemigo á golpe seguro. Cuando el reflujo hizo vadeable el espacio que mediaba entre la roca y la tierra firme, los cuatro legionarios volvieron á la barca, á la cual no quiso bajar Esceva. Muy luego lo rodearon los bretones, de los cuales mató á muchos y tuvo en respeto á otros; hasta que teniendo ya una pierna atravesada por una flecha, la cara deshecha de una pedrada y roto el escudo, se arrojó en tal estado al agua y volvió á nado á su barco. Cuando se le felicitaba por su valor, sólo estaba él preocupado del sentimiento de haber perdido su escudo y se excusaba de ello con su general. César lo nombró allí mismo centurión.

La audacia de los bretones había desaparecido y solicitaron tratar, entregaron rehenes, y acudieron en multitud al campamento curiosos de ver de cerca aquellas máquinas de guerra y aquellas armas que les habían espantado tanto.

Era entonces la época del plenilunio y cerca del equinoccio, es decir el tiempo de las más altas mareas del Océano. Una violenta tempestad y la marea favorecida por un viento impetuoso dispersaron la armada, que quitaba á César la caballería, y estrelló contra las rocas de la costa sus navíos de carga. Este desastre hizo recobrar su valor á los insulares, los cuales acometieron á una legión que forrajeara y muy luego el mismo campamento.

Pero fueron rudamente recibidos y una salida los dispersó. César aprovechó su desaliento para hablar como vencedor, y exigió entonces el doble de los rehenes que había exigido antes. Después volvió sin más demora al continente en sus navíos mal reparados (1). Desaparecieron, dice un antiguo cronista, como desaparece en la orilla del mar la nieve soplada por el viento del mediodía.

#### VI. — CAMPAÑAS QUINTA Y SEXTA (54-53). — SEGUNDA EXPEDICIÓN Á BRETAÑA. — SUBLEVACIÓN DE LA GALIA DEL NORTE.

Esta retirada se asemejaba mucho á una fuga, para que César, cuyo mando se había prorrogado por cinco años más, no sintiera comezón de volver á empezar. Los preparativos para esta segunda expedición se hicieron con la mayor actividad durante el invierno. Había dejado instrucciones y órdenes precisas para construir navíos de un nuevo modelo: más bajos de bandas para poder adaptar á ellos remos, sin prescindir de las velas, sin embargo; más amplios y capaces, en razón del bagaje y caballería que habían de tras-

(1) 300 soldados que no pudieron llegar con el resto del ejército á *Itius Portus*, tomaron tierra más abajo y llegaron al campamento por tierra cuando fueron asaltados por 6,000 morinos. Cerrados en círculo rechazaron todos los ataques durante cuatro horas, hasta que la caballería fué á libertarlos.

portar. Lo necesario para el armamento naval vino de España.

Mientras los soldados ejecutaban estos trabajos, el procónsul tenía sus audiencias jurídicas en la Cisalpina y pasaba al fondo de la Iliria á calmar las turbulencias que podían traer una guerra por esta parte. En la primavera volvió á las costas de la Mancha á pasar revista á su ejército é inspeccionar los almacenes y la armada. Esta se componía de seiscientos barcos mayores y doscientos menores. Todo estaba dispuesto para el embarque; pero se notaban movimientos sospechosos entre los treviros, que no habían enviado diputados á la asamblea de los galos. Un patriota, Induciomaro, que le disputaba el poder á Cingetorix, partidario de los romanos, era el alma de la proyectada insurrección (2).

César se dirigió á este pueblo á marchas forzadas con cuatro legiones sin bagajes, y con esto, intimidado Induciomaro, salió de los impenetrables retiros del bosque de Ardenas, donde se había refugiado al principio, para traer al procónsul hasta doscientos rehenes, entre los cuales se encontraban un hijo suyo y sus más próximos deudos.

Terminado este asunto, volvió César á *Itius Portus* donde se encontraban reunidas sus ocho legiones y cuatro mil jinetes españoles y galos: designó cinco legiones y dos mil jinetes para seguirlo á Bretaña, y dejó el resto de las fuerzas á Labieno, que debía guardar el puerto, cuidarse de la provisión de víveres y vigilar la Galia. Entre los galos que habían de acompañar al procónsul, se contaba Dumnorix, personaje bullicioso que había desempeñado un papel en la emigración de los helvecios, de la cual salió bien, gracias á las súplicas de su hermano Divitiac. Rehúsa partir á pretexto de no poder sufrir la travesía, fuera de que su religión le prohibía pasar la mar; pero en secretos conciliábulos decía á los jefes que eran conducidos á la isla para ser allí degollados. En el tumulto del embarque, se escapó del campamento con la caballería eduana. Pero César tenía la vista fija sobre él: luego al punto suspendió la operación comenzada, temiendo que aquella fuga fuera la señal de algún movimiento general, y envió toda su caballería en persecución del fugitivo, con orden de traerlo muerto ó vivo. Dumnorix intentó resistirse. «Soy libre, gritaba, y miembro de una nación libre.» La caballería lo rodeó, y como no quisiera entregarse, fué acuchillado.

El ejército arribó á Bretaña, en los mismos parajes en que tomara tierra la primera vez, y encontró al enemigo en una posición difícil, detrás de un riachuelo y al abrigo de un profundo bosque cuyas entradas estaban cerradas con grandes troncos ó árboles cortados. Los soldados formaron la tortuga y quitaron fácilmente aquel estorbo; pero César no juzgó prudente perseguir á los bretones en la profundidad de los bosques. El éxito de este primer tropiezo prometía á la expedición pronto y fácil despacho, cuando unos jinetes vinieron á rienda suelta á participar al procónsul que parte de la armada había sido destruída por una tempestad. Tuvo César que volver atrás, y pidió á Labieno operarios y nuevos barcos; después, reparada la flota y puesta en seco en su campo, volvió á buscar á los bárbaros. A favor de este retardo, el número de ellos había crecido singularmente y estaban al mando de Casivelaun, uno de sus más poderosos caudillos.

Su manera de combatir por pelotones dispersos, en rápidos carros de que descendían para rematar al enemigo,

(2) Los nombres notoriamente gálicos de estos dos jefes prueban que los treviros no eran germanos, ó que en ellos dominaba el elemento galo.

hubo de fatigar al principio á las legiones; pero muy luego se hicieron á esta táctica, y procuraron una acción general que los bretones rehusaban. Con el propósito de empeñarla se dirigió César hacia el Támesis, adonde radicaban las tierras de Casivelaun, el cual quiso disputarle el paso del río formando sus tropas en buen orden á la otra orilla. Pero la infantería romana forzó el paso, probablemente hacia Windsor, donde el Támesis no es más que un riachuelo, y Casivelaun volvió á su táctica de sorpresas y rápidas incursiones, que amenazaba arruinar poco á poco las legiones.

Por fortuna, aquellos bárbaros, con frecuencia en guerra entre sí, no se habían reunido enfrente del enemigo común, y en el campamento romano había traidores á la causa nacional. Un joven caudillo de los trinobantes había venido á la Galia á solicitar de César que lo vengara de Casivelaun, que había dado muerte á su padre: él había guiado al ejército, había indicado los vados del río, y el lugar donde se alzaba en el fondo de los bosques y pantanos el castillo ú *oppidum*, que guardaba las riquezas de Casivelaun: César condujo allá sus legiones y se apoderó de todo.

Estos repetidos reveses, una vana tentativa de los confederados contra el campamento en que se encontraba la flota romana, y la defección de muchos pueblos, decidieron á Casivelaun á tratar. Los bretones entregaron rehenes, prometieron un tributo anual, y el procónsul que no quería más, volvió luego al continente.

No debió traer de la isla sino un mezquino botín. Plinio cita, sin embargo, una coraza adornada de perlas que César consagró á Venus; pero había mostrado el camino que otros han de seguir. Su espada acababa de abrir á la acción ó influencia de Roma tres grandes países, Francia, Inglaterra y Alemania, y su pluma daba también la descripción de ellos (julio y agosto del 54).

En su primera campaña, César rechazó á los helvecios al país que querían abandonar, y á los suevos más allá del Rin, es decir sometió el Este de la Galia; en la segunda conquistó el Norte; en la tercera, el Oeste; en la cuarta, mostró á los galos, con sus expediciones de Bretaña y de Germania, que no tenían nada que esperar de sus vecinos; y en la quinta acababa de renovar esta lección llevando de nuevo á la Bretaña sus águilas victoriosas. Créase pues terminada la guerra de la Galia; sin embargo, apenas estaba comenzada.

Hasta entonces, algunos pueblos habían combatido separadamente; pero todos sabían ahora que los pretextos de que se habían servido los romanos para establecerse en el corazón de su país, ocultaban el designio de someterlos á servidumbre. Llevando más allá de los Alpes la política seguida por el senado en todas sus conquistas, el jefe del partido popular en Roma, había derribado los gobiernos democráticos, donde quiera que había podido, en la Galia. Amenazada por las clases populares, la aristocracia había buscado apoyo contra ellas en César, que daba al más influyente la ciudadanía romana y su nombre (1), grados en sus tropas auxiliares, favores y preferencias en el reparto del botín. Tenía con ellos miramientos y seducciones que los encantaban; los invitaba á su mesa y á sus fiestas, y favorecía la elección de los más ambiciosos, que le entregan luego la independencia de sus ciudades: así Tasget entre los carnutes, Com entre los atrebatas, Cavarín entre los senones, Cingetorix entre los treviros. El eduo Dumnorix se había preciado también de que César le prometiera la púrpura real, y durante seis años la aristocracia arvernica impidió que su pueblo tomara parte en la guerra de la independen-

(1) De aquí el gran número de familias *Julias* en Galia.

cia. Donde quiera que subsistía el gobierno popular, había formado César un partido romano que dominaba la asamblea y el senado, embarazaba su acción ó traicionaba sus consejos.

Otro medio de influencia de que también se había apoderado hábilmente César, era la celebración de los Estados de la Galia, reunión anual de los diputados de todos los pueblos (2). Allí era donde con la seducción de sus maneras y el ascendiente de su gloria ganaba los ánimos de aquellos hombres, que parecían deliberar libremente con él sobre los intereses del país, y en realidad sólo obedecían á sus sugestiones legitimando sus reclamaciones de víveres, de subsidios y auxiliares.

No así en la multitud: cada derrota aumentaba el número de los patriotas, porque cada victoria de César aumentaba también la insolencia y las exacciones de los agentes romanos. Para ellos la Galia era una tierra virgen, sobre la cual caían como una bandada de aves rapaces, y el general mismo daba el ejemplo. Sin embargo, César reconoció temprano el odio que se condensaba lentamente en los corazones: ya vimos cómo en su última expedición á Bretaña se llevó consigo á todos aquellos que no le inspiraban confianza, y que un noble eduo, Dumnorix, negándose á seguirlo, pereció á manos de los legionarios. Era uno de los jefes del pueblo y hermano de Divitiac, el amigo de César. Su muerte mostraba á todos los que todavía pudieran dudar de ello que el procónsul estaba resuelto á aniquilar á cuantos no se prestaran á servir sus designios.

Como César volvía victorioso de Bretaña, la Galia permaneció tranquila; y esta calma engañosa y la aparente resignación de los diputados galos, en los Estados que celebró en Samarobriua (Amiens) entre los ambienses, hubieron de hacerle creer que el peligro estaba aun lejano. Para prevenir los efectos de la carestía con que ya amenazaba la sequedad de los campos, dispersó sus ocho legiones en un espacio de más de cien leguas: una entre los esuvieses (Seez), los carnutes (Chartres) y los armoricanos; cuatro entre los treviros (Tréveris), los eburones (Lieja), los nervios (Hainaut) y los morinos (Boulonnais); y tres en el centro, entre el Oise y el Sena.

Entre tanto una vasta conspiración preparaba entre el Rin y el Loira el levantamiento de todos los pueblos sobre los cuales la presencia continua de las legiones, durante cuatro años, hacía pesar con toda su pesadumbre la dominación extranjera: un jefe eburón, Ambiorix, y el treviro Induciomaro eran el alma de este movimiento. Debían tomar las armas en cuanto César estuviera en camino de Italia, expulsar á sus partidarios, porque en cada ciudad había un partido romano, llamar á los germanos, asaltar á las legiones en sus cuarteles y cortar rigorosamente entre ellas las comunicaciones.

El secreto estuvo muy bien guardado, pero la insurrección de los carnutes estalló demasiado pronto. Derribaron al agente que el romano les había impuesto por rey, á Tasget, y después de un juicio público, le dieron muerte. Esto fué para César una revelación del peligro, y permaneció en Galia. Ambiorix, que lo suponía ya allende los Alpes, condujo todo su pueblo á embestir el campamento de Sabino y de Cota en Aduatuca (Tongres); pero fué rechazado. Astuto como un jefe indio, manda que cese el combate y pide una conferencia, en que muestra los mejores sentimientos para con los romanos. «Debo gratitud á César, dijo: ha librado á mi pueblo del tributo que pagá-

(2) Los gálatas del Asia Menor habían conservado un consejo análogo de trescientos *principes* unidos á los tetrarcas (Strab. XII, p. 567).

bamos á los aduatuco; me ha devuelto á mi hijo y al de mi hermano, que estaban encadenados como rehenes en Aduatuca: así es que combato á mi pesar. Pero hoy mismo estalla una sublevación general largo tiempo meditada.»

Después representó á Sabino la Galia entera en armas, los germanos pasando el Rin y como único medio de salvación una pronta retirada al campamento de Quinto Cicerón en el país de los nervianos.

Sabino tenía una legión de nuevas levadas y sin duda poca confianza en ella: dejóse persuadir, y á pesar de Cota salió de sus trincheras. Cuando sus tropas, embarazadas con el bagaje atravesaban un estrecho valle dominado por un cerrado bosque, los eburones que estaban allí emboscados, las atacaron por todas partes introduciendo el desorden en sus filas. Mientras Sabino andaba desconcertado entre sus revueltas cohortes, Ambiorix retenía á los suyos en las filas, impedía el pillaje que hubiera traído peligrosa confusión y hacía atacar de lejos á flecha y piedra sin esperar las cargas de los romanos. Parte de la legión estaba ya destruída, cuando Sabino pidió nueva conferencia al caudillo galo, que la concedió. El general, los tribunos y los centuriones se presentaron con armas; el galo les ordenó dejarlas y ellos obedecieron. Discutiéronse las condiciones del tratado, pero Ambiorix daba largas á la sesión, y cuando vio que sus galos habían envuelto la tropa de Sabino, hizo una señal y fueron pasados al filo de la espada. El resto del ejército romano pereció á lo menos combatiendo: apenas escaparon algunos soldados.

Creía César haberlo exterminado todo entre los aduatuco y los nervios, y hubo todavía bastantes guerreros para formar unidos á sus antiguos clientes y á los eburones, un ejército de cincuenta mil hombres. Ambiorix los condujo luego al pie de las trincheras de Quinto Cicerón, hermano del grande orador latino, y pretendió atraerlo, como á Sabino, fuera de su campamento, diciéndole que toda la Galia está sublevada, César y sus tenientes sitiados, los germanos en la orilla izquierda del Rin, y las tropas de Sabino exterminadas. Sería una peligrosa ilusión esperar socorro ninguno de las demás legiones, que por su parte están en una situación desesperada. Por lo demás, no lo anima ninguna mala voluntad contra Cicerón; sólo le pide que abandone aquellos cuarteles de invierno, y tendrá toda seguridad para retirarse por el camino que tenga á bien elegir.

Cicerón contestó: «El pueblo romano no está acostumbrado á aceptar condiciones del enemigo; que depongan las armas y envíen diputados á César; que él intercederá por ellos y obtendrán sin duda de su justificación lo que desean.» La contestación era altiva, y los actos correspondieron á las palabras; así, mientras Sabino se había perdido con todos los suyos abandonándose á una confianza imprudente, Quinto Cicerón salvó con su firmeza á César, á su legión y á sí mismo.

Era pues preciso forzar el campamento: los nervios lo rodearon de un muro de 11 pies de alto y de un foso de 15 de profundidad y 15,000 pasos de circuito. No tenían para esta obra instrumentos ni herramientas; sin embargo, cortaban la hierba con sus espadas y acarrearban la tierra con sus sayos. Y el mismo César asegura, si no hay error en el texto, que sólo en tres horas se hizo este inmenso trabajo. Los galos habían aprovechado bien sus lecciones.

El séptimo día, habiéndose levantado un fuerte viento, lanzaron por encima de las trincheras bolas de arcilla incandescentes y flechas inflamadas. Las chozas de los soldados cubiertas de paja á la usanza gálica, fueron muy pronto pasto de las llamas y ardió todo el interior del campamento. Al mismo tiempo, los sitiadores con espantable

gritería hacían rodar torres hasta el pie de las trincheras y formaban la tortuga para tentar el asalto. Pero ni un soldado romano abandonó el parapeto para acudir al incendio en que ardía todo lo suyo: el enemigo fué rechazado y se mantuvo á raya. En esta ocasión, dos centuriones, que de mucho tiempo atrás se disputaban el premio del valor, salieron del campamento y no volvieron á él sin haber pasado al filo de la espada á los más bravos de los asaltantes. Estos combates á arma blanca aseguraban gran superioridad á hombres bien ejercitados, como lo eran los de César.

Al mismo tiempo, Induciomaro, entre los treviros, derribaba á su rival Cingetorix, sublevaba al pueblo y amenazaba el campamento de Labieno. La XIII legión, entre los esuvienses, veía también agitarse las ciudades armoricanas, y Acón, entre los senones, expulsaba á Cavarín, amigo de los romanos. Al Norte y al Este del Loira era general el movimiento. Solamente los eduos y los remos permanecían fieles, ó como los galos en su rencor decían, traidores á la causa nacional.

A pesar de toda su vigilancia, César no sabía nada. Doce días hacía que una de sus legiones había sido aniquilada; una semana que Q. Cicerón estaba sitiado, y el concierto del enemigo era tal que la noticia del desastre que ya cundía por todos los pueblos de la Galia, no había llegado á oídos del procónsul: ni un mensajero había podido llegar al cuartel general de Samarobriua. Un esclavo galo pasó, sin embargo, y participó al procónsul el extremo á que se veía reducido su teniente.

César no tenía á mano más que dos legiones incompletas, apenas siete mil hombres, y los sitiadores eran sesenta mil; con eso y todo precipitó su marcha. Había decidido á un jinete galo á encargarse de un despacho para Cicerón, escrito en griego para que no pudiera entenderlo el enemigo, en el caso de que cayera en sus manos; y le recomendó que si no podía penetrar hasta su teniente, atara el despacho á un dardo y lo arrojara al campamento. El dardo estuvo tres días clavado en una torre sin que nadie lo notara. Cuando, en fin, se lo llevaron á Cicerón, leyó á sus tropas estas tres palabras de César: «Valor. Llega socorro.»

El incendio de las habitaciones anunció á los nervios la aproximación del procónsul. Salieron muy alentados á su encuentro, y él, afectando espanto, se ocultó en un campamento, cuyo recinto estrechó de intento, y cuyas puertas cubrió con manojos de hierba. Confiados con estas señales de temor, hubieron de presentarse los bárbaros sin orden y en un terreno desventajoso. Una salida vigorosa los dispersó completamente, y los vencedores pudieron llegar sin obstáculo al campamento de Cicerón, donde había un diez por ciento de heridos.

César llegó después de las tres de la tarde al campamento de Cicerón: el mismo día, antes de la media noche, á 60 millas de distancia (90 kilómetros), las aclamaciones de los remos anunciaban á Labieno su victoria y el término del peligro. La fama de esta doble victoria detuvo, en efecto, todos los movimientos. Induciomaro, que marchaba sobre el campamento de Labieno, y los armoricanos sobre el de Roscio, entre los carnutes, se replegaron á toda prisa.

Pero la Galia entera estaba agitada; los pueblos cambiaban secretas embajadas; los carnutes habían dado muerte á su rey, amigo de los romanos; los senones, condenado á muerte al que César les había dado, Cavarín, y los treviros apremiaban á los germanos para que acudieran.

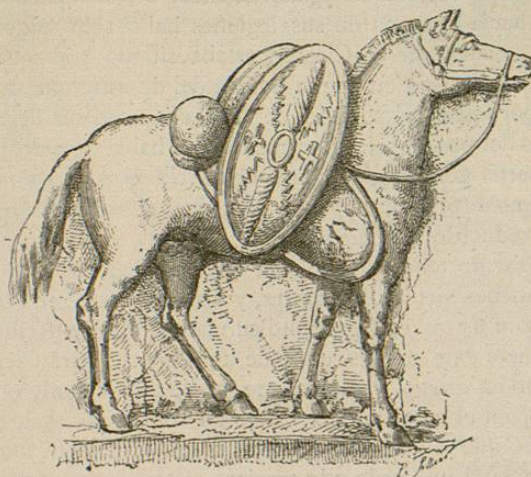
El procónsul juzgó prudente pasar este invierno en la Galia; estableció su cuartel general en Samarobriua, al alcance de aquellas naciones del Belgium y de la Armórica, á las que la muerte de Sabino había dado tantas esperan-

zas. Únicamente los remos y los eduos permanecían firmes en una fidelidad que habrían pagado muy cara, si César hubiera sido vencido.

Antes aun de la primavera, Induciomaro hizo tomar las armas á los treviros y atacó el campo de Labieno, el cual, imitando la táctica de su jefe, se dejó insultar muchos días por los galos, que venían hasta las trincheras á retarlo á la pelea; hasta que una tarde que el jefe galo se retiraba con algunos de los suyos con negligencia y sin orden, hizo abrir Labieno las puertas y lanzó su caballería á rienda suelta, prometiendo grandes recompensas á quien le trajera la cabeza de Induciomaro.

El treviro cayó traspasado de dardos, y su muerte dispersó su ejército y contuvo á los eburones, nervios, aduatuos y menapios, ya en marcha para incorporarsele.

A la asamblea general que el procónsul convocó en Samarobriua, los senones, los carnutes y los treviros rehusaron enviar sus diputados: era una declaración de guerra. César la aceptó con alegría, porque tenía necesidad de le-



Caballo de carga, llevando escudos. (Columna Trajana).

vantar con ruidosos triunfos la reputación de sus armas, y se había preparado durante el invierno con tres nuevas legiones venidas de Italia (1) á tomar una pronta venganza de aquellos pueblos que ponían en cuestión la obra de cinco años y comprometían su fortuna, reteniéndolo lejos de Roma donde tenía que hacer otra guerra. Prorrogó los Estados, cuya próxima reunión quiso que fuera en Lutecia, entre los parisios. Y entra en la historia nuestra gran ciudad, siendo el fundador del imperio romano el primero que pronuncia su nombre.

De Samarobriua pasó rápidamente César al país de los senones, los cuales, no habiendo acabado los preparativos, tuvieron que pedir la paz. El procónsul iba resuelto á dar á este pueblo un ejemplar castigo; pero la intervención de los eduos, sus antiguos aliados, los salvó. Los carnutes debieron también su salvación á la mediación de los remos. Pero las dos ciudades entregaron toda su caballería y numerosos rehenes.

La cólera del procónsul fué á caer sobre Ambiorix y los eburones, y para hacer su venganza más completa, los cercó. Los menapios, sus vecinos por la parte del Norte, únicos de todos los galos que no habían enviado nunca diputados á César, fueron asaltados por cinco legiones, que dejaron á retaguardia su bagaje para marchar con mayor presteza. Sorprendidos y forzados en sus bosques, solicitaron la

(1) Por consiguiente treinta cohortes para reemplazar las quince que había perdido con Sabino. Tuvo entonces diez legiones.

paz. Los treviros lindaban con los menapios, y atraídos por un ardid de Labieno á dar la batalla en un terreno desfavorable, hubieron de perder mucha gente y fueron obligados á aceptar por rey á Cingetorix, al cual habían expulsado. Volviendo al Este para cerrar la Germania al pueblo que quería proscribir, echó César un puente sobre el Rin, batió á lo lejos la otra orilla, prohibió á las tribus que la habitaban toda relación con la Galia; y seguro ya de que los eburones no podían escapársele, volvió sobre ellos sin demora. Su caballería tomó la delantera y cayó como una tempestad en medio de aquel pueblo condenado al exterminio, mientras diez legiones rodeaban el país y estrechando poco á poco el círculo, lo llevaban todo á sangre y fuego. César, que llamaba *rasa imbia* á aquella brava tribu, invitó á los pueblos vecinos á ayudarle en su obra de destrucción. Se incendiaron las poblaciones, se segaron los trigos, y durante muchos meses, se anduvo á caza de hombres en el inmenso bosque de *Arduenna*, adonde se habían refugiado los eburones.

Su anciano rey Cativolk, incapaz de luchar y aun de huir, se emponzoñó y murió maldiciendo á Ambiorix, causa de aquella guerra de exterminio. Por su parte, este caudillo, perseguido de cerca en todos sus retiros, ojeado y batido como una fiera, no tenía consigo ya más que cuatro jinetes; pero los prisioneros á quienes los legionarios obligaban á servir de guías, los engañaban con datos falsos, y pudo escaparse Ambiorix pasando allende el Rin á esperar días mejores.

De vuelta al país de los remos, reunió César la asamblea general, y con un vano simulacro de justicia, la obligó á juzgar la causa personal del jefe senonés Acón.

La sentencia, como puede comprenderse, estaba dictada de antemano, y Acón fué apaleado primero, y decapitado después.

La excomunión civil y religiosa cayó luego sobre sus cómplices y los promovedores de la sublevación de los carnutes que pudieron ser habidos.

#### VII. — SÉTIMA CAMPAÑA DE CÉSAR. — SUBLEVACIÓN GENERAL (52).

Estas ejecuciones aumentaron el odio del nombre romano, y durante el invierno que César pasó en Italia, se preparó otro levantamiento en numerosos conciliábulos. Los galos se unían al fin, y aunque á destiempo, estuvieron á punto de triunfar.

Sabíase que en Roma había creciente desacuerdo y mala inteligencia entre César y Pompeyo, y que acaso tuviera que permanecer en Italia el procónsul á causa de una guerra civil. Las legiones no estaban dispersas como el año anterior: dos de ellas acampaban entre los treviros, otras dos entre los lingones, y las seis restantes entre los senones; y como el invierno cerraba los pasos de los Alpes y de las Cevenas, se esperaba que, si el movimiento era general, fueran sorprendidas y derrotadas, antes que César pudiera venir en su ayuda. Para que el empeño fuera irrevocable, se llevaron los estandartes militares á un lugar apartado, y sobre ellos juraron los diputados de todos los pueblos adheridos tomar las armas en cuanto se diera la señal.

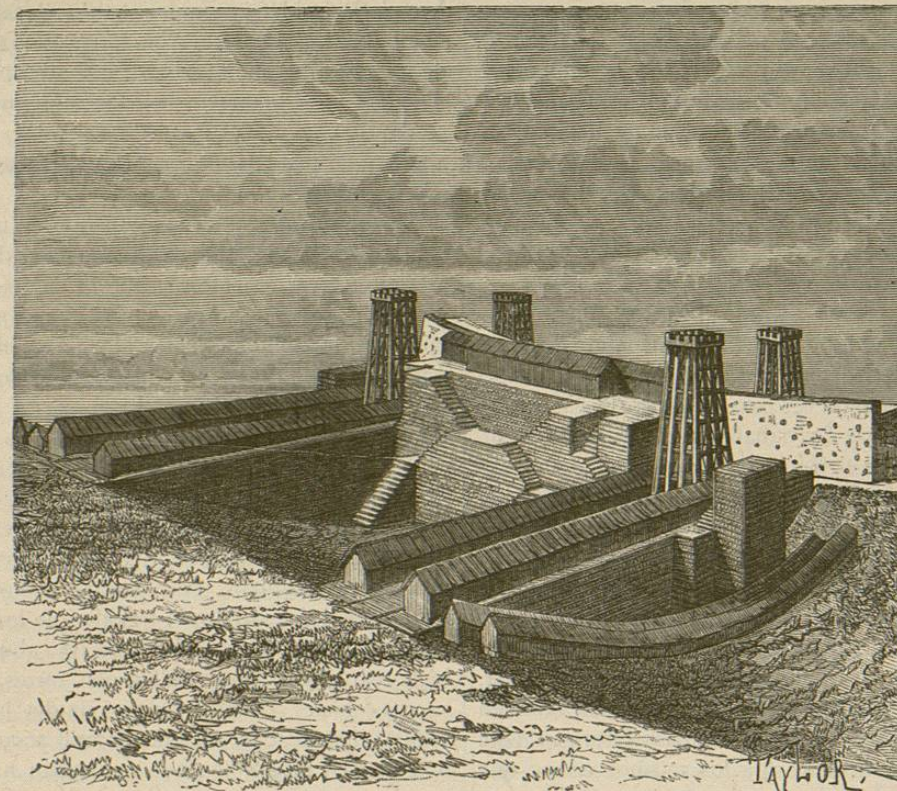
Partió del centro druídico de la Galia, del país de los carnutes, abrumados de requisiciones. El día señalado, este pueblo se lanzó sobre *Cenabum* (Orleans), ciudad comercial á orillas del Loira, y pasó á cuchillo á los negociantes italianos, que habían acudido allí en gran número. Aquella misma noche corrieron la noticia de pueblo en pueblo nu-

meros pregoneros dispuestos al efecto y previamente en los caminos, llegando á Gergovia, distante 160 millas (240 kilómetros) en el mismo espacio de tiempo.

Allí vivía un joven y noble arverno, que llamaba ya la atención por todas las prendas que estiman los pueblos belicosos: alta estatura, aire marcial, destreza en manejar un caballo de guerra ó en lanzar el dardo gálico; hasta su nombre era de buen augurio: llamábase *Vercingetorix*, esto es, el gran caudillo de los bravos. Habiendo querido su padre usurpar la monarquía, hubo de perecer en la demanda, y el hijo tenía la misma alta ambición. Ligado por relaciones de amistad con César, había contribuido sin duda á

mantener en paz á los arvernos durante las primeras campañas; pero viendo la agitación del partido popular en toda la Galia y la victoria que Ambiorix había estado para obtener, comprendió que había aquí un gran papel que desempeñar. En las asambleas públicas ó en las reuniones religiosas, dejaba adivinar su pensamiento, bien que no lo manifestara claramente. Pero bien se revelaba en los conciliábulos secretos, donde hacía ver á los suyos, como premio de su valor, á la Auvernia levantada de su abatimiento y puesta á la cabeza de las naciones galas, que habría redimido ella de la servidumbre extranjera.

En cuanto supo la matanza de Cenabum, armó á sus



Trabajos de aproche de los romanos. (Museo de San Germán.) (1)

clientes y proclamó la insurrección en Gergovia. Los grandes, su mismo tío, rehusaron asociarse á sus designios, y fueron bastante fuertes para expulsarlo de la ciudad. Entonces sublevó el pueblo de los campos, y César, injusto esta vez con su mayor adversario, lo presenta reclutando un ejército entre el desecho de la población y la gente perdida ó cargada de deudas. Eran, en efecto, los pobres; pero los pobres también protestaban contra la servidumbre y no querían resignarse á la dominación extranjera. Y debían ser la mayoría de la nación, pues vencieron sin combate la oposición de los nobles.

Volviendo con ellos á Gergovia Vercingetorix fué proclamado rey y se hizo el alma de la guerra santa. Envió urgentes mensajes á todos los pueblos, recordó los juramentos prestados, lo favorable de la ocasión, la necesidad de romper el yugo que por tanto tiempo se había ocultado bajo hipócrita desinterés y que tan onerosamente pesaba ya sobre las cabezas. Desde el Gárona hasta el Sena, todos los pue-

bls respondieron al llamamiento patriótico, y se le confió la dirección de la guerra.

Así, los arvernos y el centro de la Galia, que hasta entonces habían permanecido extraños á la lucha, iban á ponerse en primera línea. Estas defecciones alentaron el valor de los galos del Norte, y á pesar de la presencia de las diez legiones, los jefes de los bellovacos y treviros, arrastrados por el ejemplo del rey atrebatá Com, fiel amigo de César, durante mucho tiempo, prepararon la insurrección de sus pueblos. Labieno creyó poder prevenirla, haciendo asesinar á Com; pero el atrebatá sobrevivió á sus heridas para vengarse con más rencoroso empeño.

César había encontrado, en fin, un adversario digno de él. Vercingetorix imitaba la prodigiosa actividad del procónsul: reunía víveres y armas, fijaba los contingentes, tomaba rehenes, se ocupaba en formar una caballería formidable y daba á la liga una organización que había faltado hasta el presente en todas las tentativas de los galos. Pero no concediendo á nadie el derecho de mantenerse indiferente, extraño ú ocioso, ni menos el de desertar de la causa de la patria, hubo de mostrarse severo hasta la crueldad. Los traidores perecían en la hoguera ó en los tormentos; por una ligera falta hacía cortar las orejas ó saltar los ojos, despidiendo luego en libertad á los así castigados para que

(1) El dibujo representa una parte de muro galo en que las piedras están mezcladas con vigas; en este muro los sitiadores han levantado dos torres para batir las de los sitiadores, las cuales dominan la muralla, á fin de ahuyentar á sus defensores á flecha y piedra. Las galerías cubiertas, *vinea*, avanzan hasta á raíz de la muralla para que los soldados hagan brecha sin peligro.